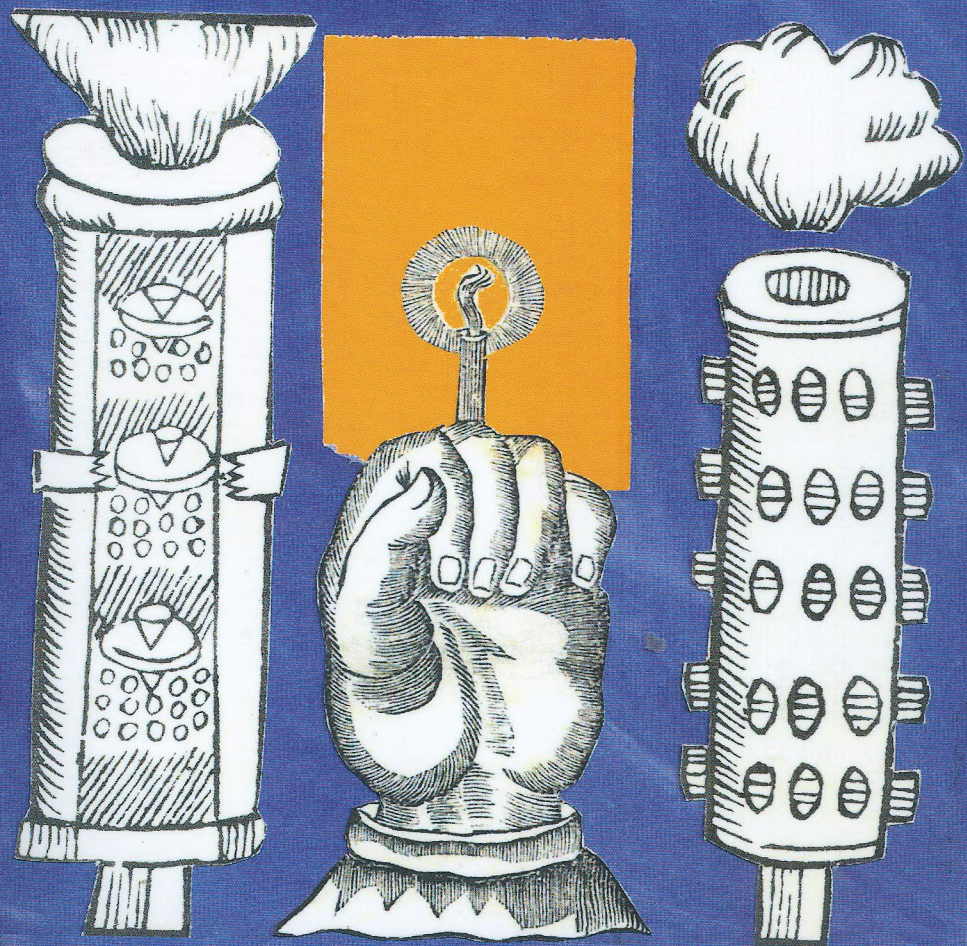


AQUILINO DUQUE

# LA INVENCION DE LA PÓLVORA



RENACIMIENTO

«Algún que otro lector me reprocha que yo no escriba mis memorias y, la verdad sea dicha, no creo que yo haya hecho otra cosa desde que escribo, no sólo en prosa sino en verso. Escribir es poner por escrito la propia vida, y el resultado será tanto más convincente cuanto más vida real haya en lo que se pone por escrito. La vida está hecha no sólo de episodios, sino de sueños, de *memorias y deseos / de cosas que no existen*, pero que cobran existencia en todo acto de creación. Si Dios crea de la nada, el hombre, hecho a su imagen, lo intenta por lo menos, aunque casi siempre confunde la nada con naderías. De naderías están hechas la mayoría de las confesiones, pero es que hay naderías que sólo lo son en apariencia. A ese miedo a la nadería hay que atribuir el recelo del escritor ante el género memorialístico, sobre todo cuando las naderías encubren esas reservas mentales que devalúan o invalidan el sacramento de la penitencia. La primera vez que he tratado de enfrentarme con esas naderías fue en *El rey mago y su elefante*, donde quise recuperar mi primer decenio en esta tierra, es decir, mi niñez. Ahora, en **LA INVENCION DE LA PÓLVORA**, trato de dar una idea de lo que fueron los años de mi adolescencia y mis primeros pasos por la vida literaria, en lo que no tengo más remedio que dar un gran protagonismo a aquellos amigos y maestros a los que debo lo que soy.» (AQUILINO DUQUE)

ISBN 978-84-9472-843-6 · IBC: BM



9 788484 728436 >

[www.editorialrenacimiento.com](http://www.editorialrenacimiento.com)

**BIBLIOTECA DE LA MEMORIA**

permutar su cátedra salmantina con Joaquinito Ruiz Giménez, em-  
bajador a la sazón en Roma.

El Príncipe Negro volvió con los años a Zufre, donde se compró  
una casita para entregarse al vicio de leer y fumar en cachimba.  
Siempre que lo veía se sacaba de un bolsillo un papel mugriento con  
algún ingenioso epigrama de intención política. Seguía vistiendo  
de oscuro, con alguna que otra concesión al gris. Al llegar al otro  
mundo, espero que su título de Príncipe Negro no haya infundido  
recelos a San Pedro.

## 12. VILLAFRANCA DE LOS BARROS

UNA de las promesas incumplidas de mi padre fue la de mandarme  
interno a Villafranca de los Barros. Luego, por lo oído, esa promesa  
casi me parece una amenaza. A mis hermanos sí que los llevaron,  
por lo menos hasta la sala de visitas, en un viaje que mis padres  
hicieron con ellos, donde fueron recibidos por uno de los padres  
jesuitas. Fue mi madre la que puso fin a la entrevista diciendo que  
aquellos niños no habían cometido ningún delito como para meter-  
los en semejante encierro.

El internado de Villafranca de los Barros tenía por lo visto cierto  
prestigio en todo el suroeste y a él mandaban sus retoños las familias  
pudientes. Cuando la República expulsó a la Compañía de Jesús y se  
incautó de sus centros docentes, los reverendos padres trasladaron sus  
actividades a Estremoz, y en esa bella ciudad portuguesa cumplieron  
pedagógica condena muchachos de Aracena, como Pablito Rincón;  
de Sevilla, como Rodrigo Betancourt; de Almendralejo, como el  
marqués de la Encomienda, o de Higuera, como Pepe Robledo. De  
todos éstos, tal vez fuera el de la Encomienda con el que los padres  
lograron hacer carrera, pues llegaría a ser un erudito de historia local.  
Ninguno de ellos llegó a ir a la guerra, pues ésta terminó antes de  
que alcanzaran la edad militar, pero alguno, como Rodrigo, se po-

nía uniforme de requeté cuando estaba de vacaciones y se dedicaba a manipular artefactos bélicos de sus hermanos mayores. En esos menesteres tenía de ayudante a un gañán del cortijo y una vez que estudiaban el mecanismo de una granada, ésta les estalló matando al gañán en el acto y dejando a Rodrigo muy malherido. Hubo que indemnizar a la familia de la víctima, y Rodrigo perdió un dedo y un ojo. Una de sus gracias cuando estaba en una reunión de niñas era sacarse de pronto el ojo de vidrio y exhibirlo en la palma de la mano. Rodrigo tenía ese aire de estar de vuelta de sitios a los que nunca había ido que tienen los que no las quieren, que están verdes.

—Si yo llego a hacerme novio de Lolita Sangrán el campo de mi padre lo lleva Sanani el de las Tortas...

Pepe Robledo era tan malo que los reverendos padres le llamaban «El Bolchevique». Se escapó tres veces: una de Estremoz y dos de Villafranca. La vez que se escapó de Estremoz fue a parar a Borba. Las escapadas de Villafranca finalizaron en sendos cortijos de sendos amigos: una por La Albuera y otra por los Santos de Maimona. «El Bolchevique» iba siempre hecho un *dandy* y además se las arreglaba para no canjear por vales del internado todo su dinero; lo que lograba retener lo guardaba en el azogue de un espejo y de él se valía para sus mil fechorías, tales como favorecer la fuga de su hermano Juan, dos años mayor que él, al que proveyó de fondos para el viaje. Juan abordó el ómnibus de *La Estrella*, pero como no tenía bastante dinero para llegar a Sevilla, hubo de apearse en Santa Olalla, donde tenían una finca. Al echarse de menos, las sospechas recayeron en su hermanito «El Bolchevique», que se cerró en banda. Los inquisidores lo sitiaron por hambre, a ver si así hablaba, pero él, en un descuido, atracó a un camarero mariquita encargado de transportar los panecillos al comedor amenazándolo con una pistola detonado-

ra. Coco, que así le decían al camarero, por poco se muere del susto y Pepe se apoderó de todos los bollitos que pudo. Los reverendos padres estaban por un lado preocupados y por otro maravillados. («Este niño no puede estar tanto tiempo sin probar bocado... Va a enfermar...») Pero el niño no enfermaba, que bien que zampaba bollos a robaguita, hasta que por fin Juan fue habido en la finca de Santa Olalla, a donde vino a buscarlo su padre en el *Hispano-Suiza* y lo restituyó al internado.

Otra resonante escapada de aquel correccional, ya a comienzos de los 40, fue la protagonizada por Rafael Sánchez Ferlosio y el sevillano extraterrestre Ignacio Darnaude Rojas-Marcos, quien refiere que cuando los iracundos jesuitas denunciaron la gamberrada a Rafael Sánchez Mazas, éste, en vez de abroncar al futuro genialoide, les espetó a los loyolas que pésimo colegio debía de ser el denominado de San José como para que su hijo se viera obligado a fugarse por no poder soportarlo.

Villafranca era uno de aquellos internados donde los niños bien lo pasaban tan mal. Otro era El Palo, al menos en los años de guerra, por lo que cuentan los Vázquez Parladé. La dieta de aquellos internados no es que fuera mala; es que era monótona; tal vez por eso algunos, como Ignacio Vázquez, la completara según su hermano comiendo arena en el recreo ante el estupor de sus compañeros. Eso de comer arena en la niñez o la adolescencia no está tan mal, pues prepara las tragaderas para comulgar con ruedas de molino, cosa que el bueno de Ignacio tuvo amplia ocasión de hacer al ingresar en el entonces clandestino Partido Comunista. Su hermano Joaquín fue siempre de un juanista acérrimo y nunca le perdonó a Franco dos cosas: que no dejara reinar a don Juan y que le obligara a él a comer a diario garbanzos agujereados.

### 13. EL HOMENAJE A BORRALLO

Visto desde fuera y desde lejos, el internado de Villafranca era algo maravilloso, pues debía de ser un caserón imponente lleno de sabiduría e implantado en unas vastas llanuras con horizontes abiertos al Guadiana, a Portugal, al Atlántico, a las Américas. En cuanto a El Palo, junto al mar y a una ciudad tan cosmopolita como Málaga, muy bruto tenía que ser uno para no salir hecho un Ortega y Gasset. Y nada digamos del Puerto de Santa María, pero éste ya fue un descubrimiento muy posterior, que siguió al despertar de las aficiones poéticas. ¡Casi nada aprender literatura de la mano del P. Luis Coloma!

Más tarde vendría Deusto, pero tuve que conformarme con la margen izquierda del Nervión. Nunca pierden su hechizo los lugares en los que nunca se estuvo.

EN una casita de la parte alta del pueblo, por el camino de las Tobas, vivía el señor Borrallo. Oriundo del pueblo, se había retirado a él a pasar la vejez. Recuerdo haberlo visto por vez primera junto a la Cruz de la Vega. Iba vestido de negro con un sombrero del mismo color y era pequeño y rubicundo. Nos estábamos haciendo fotos ante el encalado humilladero y él se apartó para no salir, aunque me parece que acabó saliendo. Una tarde fui con mi madre a su casa, pues supimos que quería desprenderse de algunos objetos personales; en especial tenía gran empeño en vendernos una arcaica máquina de escribir cuyas teclas se pulsaban con ayuda de un punzón y con la que él se había ganado la vida como periodista. Mi madre se volvió loca comprándole anillos y baratijas que luego le devolvió al día siguiente, sin que él, hombre muy cortés, se molestara en absolverlo. Puede decirse que su único amigo en el pueblo era David el librepensador, el tío de las Muñoz, las del horno.

Llegado el verano, se le ocurrió a Miguelito Ríos organizarle un homenaje, para el que de inmediato contó con el concurso de Jogombe de Orleáns y mío. Parece ser que la iniciativa no gustó demasiado a las fuerzas vivas, por llamarlas de algún modo, porque los Fal por un lado, Mingo Palangana, su primo Mingo el Sopa, y los Girón por otro, el